

BARRERO PÉREZ, Óscar, *Historia de la literatura española contemporánea 1939-1990*, Madrid, Istmo (Fundamentos Maior), 1992, 386 pp.

Dos son a mi parecer los puntos centrales que interesa destacar como principales aportaciones en este nuevo manual: la arquitectura temporal y la actitud crítica del autor frente a obras y autores. Óscar Barrero ha decidido enfocar los años acotados en el título sometién-dolos a una perspectiva sincrónica que da prioridad a las corrientes estéticas y culturales antes que a los géneros literarios. Introduce unas secciones que juzga unitarias en cuanto a planteamientos básicos, las define y después trata de mostrar cómo las novelas, las obras dramáticas y los poemarios encarnan esos presupuestos. Concretamente, y sin afanes de rigidez en cuanto a las fechas —delante de cada una podría embutirse un cauto «hacia»—, Barrero practica la siguiente segmentación:

1939-1952: *Tiempo de reconstrucción*, marcados por la nota existencialista y la sombra de la guerra.

1952-1962: *La superación de la posguerra*, caracterizada por la tendencia realista, más o menos politizada, pero estéticamente coincidente con las bases del periodo anterior.

1962-1968: *En vías de desarrollo*, supone un preludio indefinido, compás de indecisión o colchón amortiguador entre la liquidación de los planteamientos realistas y la llegada de *Una nueva generación, una nueva sociedad* (1968-1980), que resulta ser el jalón decisivo, que nace tanto de convulsiones sociales y culturales (mayo 68) como de unos correlatos estéticos rupturistas que se proponían dar a nuestra literatura y teatro la renovación modernizadora que tenía-

mos pendiente desde los años 20. El radicalismo de los jóvenes del 68 se expresa por las vías del experimentalismo, el silencio y el nihilismo, que conspiran en favor de la destrucción del lenguaje.

1980-1990: *Del desencanto a la desmoralización*. En este último tramo, como era de esperar, los lineamientos unitarios son menos esclarecedores por la consabida falta de perspectiva, más escasos y más debatibles. La literatura rigurosamente contemporánea suele rodearse palabras semánticamente relacionadas con el concepto de crisis y, desde luego, las páginas dedicadas a esta década contribuyen a robustecer semejante regla con sus alusiones a la abundancia, dispersión y, sobre todo, comercialización de su literatura.

El lector se lleva una primera sorpresa en este esquema temporal que es la preferición de 1975 como fecha divisoria. Barrero se ocupa de justificarla, a mi juicio con todo éxito, en los siguientes términos: lo que significó esa fecha para la historia política española se venía dando desde 1968 en la literatura española, que no dejó de desarrollarse bajo presupuestos comunes hasta «hacia» 1980.

Una segunda bien de notar es el confinamiento del término «posguerra» a la década de los cuarenta. O dicho de otro modo, que se contemple la literatura escrita en los años de gobierno de Franco como un periodo no uniforme en el que, probablemente, los cambios son al menos tan importantes como las permanencias.

Esto tiene mucho que ver con lo que me parece la actitud fundamental de Barrero a lo largo de este manual: el propósito de hacer sus planteamientos partiendo de la misma realidad literaria sin forzarla, adaptándose a ella. Actitud que, en principio, parece obvia pero que no siempre lo es en la práctica. Tal actitud crítica —entro en

el segundo punto anunciado al comienzo— da como resultado el paso a segundo plano de hitos consabidos (*Historia de una escalera* o ciertas antologías líricas) y la aparición de opiniones nuevas que realzan fenómenos poco conocidos o autores normalmente postergados —aunque sea por razones de espacio—, que aquí reciben un tratamiento semejante en cantidad y estima al de otras figuras o fenómenos canónicamente consagrados. Pienso, por ejemplo, en la crítica del socialrealismo (operación política, anacronismo estético, maligno influjo en el género narrativo), la presencia simultánea de una literatura católica; la fuerza e importancia de narradores experimentales que preparan la llegada de *Tiempo de silencio*, que no nació de la nada; el retraso estético del teatro realista, la inacción del teatro de Sastre, la segregación de la literatura del exilio y bastantes otros puntos, más o menos discutibles pero que tienen una virtud a mi juicio indudable: ampliar definitivamente el canon de una literatura que, claro, se vuelve bastante más compleja y difícil de apresar que la sometida a las facilonerías clasificatorias (evasión-compromiso, etc); panorama complejo que responde a una literatura que, también, fue internamente compleja y que no se explica recurriendo a las conocidas circunstancias políticas o censoriales.

No hay duda de que, pensando en los estudiantes, este es un manual más difícil que otros. El planteamiento sincrónico obliga a practicar cortes y reenlaces, y también a ocuparse de un mismo autor en zonas distintas del manual; operaciones que vuelven más exigente la lectura y la asimilación. Por otro lado, Barrero se atiene a una norma anunciada en Introducción: dar prioridad a lo leído personalmente; o sea, no manejar opiniones de segunda mano y decir lo que piensa. Aparte las inevitables discrepancias que semejante postura

provoca, se da un efecto en la consideración didáctica del manual: no hay resúmenes de contenidos, que se dan por conocidos, sino interpretaciones —se insiste en que se desea interpretar, no valorar—. Ante esto caben dos opciones: animarse a leer las obras —¿no es eso estudiar literatura?— o enterarse de más bien poco. El estudiante bien dotado o de últimos cursos más que obstáculos encontrará estímulos, por una sencilla razón: obliga a trabajar más. Pero es indudable que se pone en aprietos al asimilador pasivo. Creo que si este manual se impusiera en nuestras facultades los buenos estudiantes serían mejores y mucho diletante se encontraría con la horma de su zapato a la hora del examen.

Sería bastante fácil sacar defectos aquí o allá o subrayar desacuerdos como, por ejemplo, la consideración estrecha del teatro de los años 80 o la muy necesaria mejora del índice onomástico, que debería extenderse a obras citadas y, desde luego, distinguir el estudio de un autor, normalmente disperso según épocas, de la mención ocasional mediante negritas, sangrados o cualquier otro procedimiento útil. Dado el carácter de manual “no de autores” es imprescindible ofrecer a lectores y estudiantes alguna vía de acceso a los escritores singulares. Pero un recuento de discrepancias particulares me parece fuera de lugar cuando el centro de la tarea me merece una aprobación sin fisuras. A mi parecer, gran parte de la historia literaria del siglo presente ha sido escrita desde unos condicionamientos generacionales marcados por disyuntivas demasiado radicales, demasiado poco amigas de la matización. Con frecuencia ha sobrado ideologización y también apriorismos sectarios. Ha faltado, en cambio, atención primordial —no digo que exclusiva— al hecho literario. Sospecho que Barrero pertenece vitalmente a una generación ajena a la

experiencia del franquismo; quizá esta circunstancia, que yo le atribuyo, o sus consecuencias, que creo percibir, estén en la base de lo que ojalá sea la aportación decisiva de esta *Historia*: el comienzo de una refrescante reprobación de tópicos injustos y resobados.

Víctor García Ruiz
Universidad de Navarra

BORELLO, Rodolfo, *El peronismo (1943-1955) en la narrativa argentina*, Ottawa, Dovehouse, 1991, 267 pp.

A pesar de la asepsia formalista de buena parte de la crítica, no puede dejarse de lado la idea de que la literatura se produce en la historia, inmersa en un medio que determina el mensaje, las obsesiones y hasta el estilo de quienes se dedican a ella. Este libro de Rodolfo Borello se interna decididamente en el estudio de las relaciones entre historia y literatura en el terreno histórico, político y social. No en vano avisa su autor a quien busque enfoques estructurales o formalistas de que pierde el tiempo leyendo su estudio. Nada más lejos de la frialdad acostumbrada en tantos trabajos de crítica literaria. Por el contrario, Borello discute con sus textos, adopta un punto de vista personal y constantemente hace referencias a su interpretación del periodo más polémico de la historia política de Argentina desde la caída del dictador Rosas. No cabe duda de que, como él mismo confiesa, su enfoque no convencerá del todo a nadie: ni a marxistas, ni a liberales, ni a católicos oficialistas, ni, por supuesto, a los peronistas que, a fin de cuentas, son los más castigados. En este sentido, acaso la clave de la lectura política del autor esté en las siguientes líneas: «No